

CHALLENGER

Guillem López

NOTA DEL AUTOR

El veintiocho de enero de mil novecientos ochenta y seis, en Cabo Cañaveral, Florida, a las once treinta y ocho de la mañana, despegaba el transbordador espacial Challenger con siete tripulantes a bordo.

A los setenta y tres segundos del despegue, un escape en uno de los cohetes impulsores provocó una explosión que desintegró la aeronave.

El accidente fue retransmitido en directo por la televisión y decenas de miles de estudiantes lo siguieron en colegios e institutos, que habían programado actos con motivo del lanzamiento del transbordador.

Todos los personajes de esta novela existen en la actualidad o existieron durante el momento en que se narran los hechos.

#5

La falsa tormenta solar y el satélite

En órbita alrededor de la Tierra

11:28 a. m.

¿Existe el principio? ¿Realmente existe? ¿Cómo reconocerlo entre la infinita cadena de consecuencias y causas, pronósticos? Sirva el tiempo como ejemplo. ¿Acaso tuvo un principio el tiempo? ¿Tendrá un final? ¿Qué hubo antes del tiempo? ¿Habrá algo después? Ah, el tiempo. La auténtica dimensión desconocida. La variable traicionera, retorcida, esquiva y gelatinosa invasora de las tripas propias. El tiempo no es una carretera por la que avanzar o retroceder. El tiempo es la pizarra en que Dios dibujó el universo. Sin duda, Dios tiene una pizarra donde traza garabatos y bocetos cuando se aburre —algo que ocurre demasiado a menudo—. Arrastra la tiza sobre la superficie bien pulida y encerada del tiempo y representa un galimatías que queda muy lejos de nuestro entendimiento.

Todos esos accidentes y casualidades, toman sentido cuando alcanzan un objetivo que no se habían propuesto. Esa es la escena invisible. La realidad ocurre ahí fuera, al otro lado del espejo —es ese número infinito de posibilidades que tienen efecto en el caos omnipresente—, está por todas partes y

en ninguna. Hijos de la incertidumbre, títeres de nuestro ego reptiliano y víctimas de la causalidad.

Ocho minutos separan la tormenta solar del planeta Tierra. Ocho minutos es más que suficiente. ¿Se puede contar una vida en ocho minutos? ¿Se puede vivir una vida? En la síntesis de la memoria, en las imágenes que abrazan el recuerdo, ocho minutos es todo. Así se reduce la vida a una interpretación, como en el teatro de la existencia, convertidos en meros espectadores de la consciencia, solos, en la platea, en penumbra, contemplando aquello que alguna vez vivimos — porque todo el mundo ha vivido lo que ocurre en el teatro—, hasta que cae el telón y pone punto y final. ¿Eso fui yo? ¿Fue esa mi vida?

Así es que las casualidades y los accidentes, las predicciones, la percepción de lo percibido, son parte de uno mismo; sin saberlo, forman parte del observador. De fuera a dentro. Portales dimensionales que se abren a cada paso. El final de un ciclo que se repite desde un tiempo finito y que quizá, mañana, sea un borrón en la pizarra de Dios.

Sea como sea, a partir de este mismo instante, la tormenta solar existe o existió hace ocho minutos. No es gran cosa, de hecho es insignificante. Los grandes observatorios astronómicos de la Tierra apenas han percibido nada. Puede que no deba llamarse tormenta solar. Fue un intento, un fracaso, de no ser porque el fracaso no existe cuando nos referimos a medidas astronómicas. Somos hijos de las estrellas al fin y al cabo. Así pues, la llamarada con pretensiones de tormenta expulsa fotones de alta energía y masa coronal hacia la Tierra. La ionosfera del planeta desvía la energía; el campo geomagnético se resiente. Quizá haya una buena aurora boreal al norte de Noruega. No ocurre nada más. A eso se reducen los descomunales fenómenos

naturales. Son ajenos a la grandeza de su existencia, a las consecuencias, existen sin finalidad, sin meta.

Sin embargo, lo que podría haber sido la tormenta solar definitiva, la ira de Dios —y que quizá lo sea en otro universo en que las probabilidades sean menos indulgentes—, llega al planeta Tierra debilitada. Así, el final de la civilización moderna se posterga y regresa a la lista de pendientes. Quizá en veinticinco años o treinta o trescientos. Ocurrirá, pero no hoy. Y en su lugar, los satélites resisten y apenas sienten la caricia del astro rey. Todos, excepto uno.

La química del satélite de televisión se detiene —porque todo se reduce a la química— cuando interviene el viento solar. Es un segundo —el tiempo robado— y la puerta se abre al susurro de lo desconocido. Después vendrán las interpretaciones lógicas, aunque su existencia ya habrá sembrado el mundo de consecuencias ilógicas.

La consecuente interferencia que producirá en la señal de televisión será el chisporroteo que dibuja esa pizarra de Dios, garabateada e incomprensible, que es el horizonte del tiempo.

Trescientos veintiséis mil personas no le darán importancia alguna; un técnico llamado Neill derramará su taza de café al acercarse a la pantalla y perderá su empleo; una jubilada de Miami, llamada Meg, creerá haber visto el rostro del diablo, al igual que un predicador de Salt Lake City con el que no tiene relación alguna y otras setenta y tres personas anónimas de las cuales, una, se suicidará; Edward Clark, en su apartamento, número 73 de Shackleton Road, en Kennesaw, Georgia, apagará la televisión y retomarará la lectura de *El corazón de las tinieblas*; mientras que Lloyd Frances, en Grafton, Massachusetts, saldrá a dar un paseo y resbalará en el hielo de la entrada, con tan mala suerte que se romperá tibia y peroné en la caída;

ochenta y seis personas relacionarán la extraña interferencia en la señal con el desastre del transbordador espacial Challenger que tendrá lugar casi a la misma hora. De ellas: siete padecerán extrañas pesadillas esa misma noche; dieciséis lo contarán de forma suspicaz a su familia durante la cena; una descubrirá que está preñada; dos sufrirán un infarto en los tres días siguientes; veinte jugarán a la lotería y solo uno resultará agraciado con un premio de tres millones doscientos sesenta mil dólares que le costará su matrimonio y con el que comprará el flamante Ferrari Testarossa en el que morirá, durante la Nochevieja de mil novecientos ochenta y siete, en Santa Bárbara, California.

Así es cada día. Hay gente que muere y gente que salva la vida.

#16

Enio Yamata

NE 29th Street

11:25 a. m.

Enio Yamata está en una encrucijada. Al otro lado de la avenida hay dos placas con el número de las calles que forman la intersección. Sin embargo, Enio es un poco corto de vista y no alcanza a distinguir los números con claridad. Sus sandalias se asoman al bordillo; estira el cuello e improvisa una visera sobre las cejas con la mano, tratando de discernir aquel galimatías borroso. Viste a la manera de su orden, un manto blanco y negro, sencillo, amplio. Quizá en Kyoto un monje budista resulte menos llamativo, pero en Miami la gente lo mira al pasar. No le resulta extraño, la verdad.

Llegó hace un par de horas en un vuelo directo desde San Francisco. Ha pasado diez días con la comunidad budista zen de aquella ciudad. Es una especie de embajador del Templo de Kyoto en representación de su maestro: Hirosuke Totomi. Ahora debe hacer lo propio con la comunidad budista zen de Miami pero, para eso, debe encontrar su sede social. Ha tomado un autobús desde el aeropuerto hasta el centro de Miami y después ha caminado sin rumbo fijo. Le gusta conocer los lugares a los que viaja.

Tiene la dirección del centro budista apuntada en un pequeño papel bien doblado que sostiene entre el pulgar y el índice. Incapaz de descifrar los indicadores en la distancia, Enio toma su maleta y se dispone a cruzar la avenida. Espera el momento en que el tráfico deje un respiro al asfalto. De repente, al paso de una camioneta, un golpe de viento decide secuestrar la pequeña nota con su destino. La hoja voltea por el aire y Enio la persigue sin bajar de la acera. En una última pirueta, la pulcra caligrafía a lápiz desaparece entre los barrotes de una cloaca. El monje se detiene pasmado ante la oscuridad enrejada.

Ya no tiene sentido cruzar la avenida. Ahora se encuentra en un apuro. Observa durante un largo instante el paso del tráfico y cómo el sol se eleva en el cielo. Es una mañana despejada aunque fría. Se pasa la mano de frente a nuca y se rasca la sombra de su naciente cabellera rasurada.

Recupera la maleta, regresa al borde de la acera y levanta la mano. No tarda mucho en detenerse un taxi. El conductor desciende. Es un tipo bajo, de piel morena en la que brilla una pletórica sonrisa. Corretea alrededor del coche, abre el maletero y toma la maleta de Enio que le corresponde con un gesto simpático. Después ambos suben al vehículo.

—¿Qué va a ser, amigo? —pregunta el conductor al tiempo que baja la bandera. Su voz es nasal, alegre, con un marcado acento hindi.

—Al centro budista, por favor —dice Enio. Su inglés es pésimo. Nunca fue demasiado bueno para los idiomas. Su chino mandarín es aún peor.

El taxista abandona el espejo retrovisor y se vuelve sobre el asiento. Mira a Enio de pies a cabeza. Su sonrisa ha sido devorada por la extrañeza.

—Necesitaré algo más, amigo —dice.

—No dirección.

—Pues necesitaré una dirección.

—Centro budista, por favor.

—No conozco ningún centro budista.

—Yo budista.

—Eso no lo dudo, amigo, pero necesito una dirección. ¿No puede darme alguna pista? Si quiere buscaré una cabina telefónica para llamar a información.

—Conduzca —dice Enio, señalando al frente—. Por ahí.

Hay un instante de duda que flota entre la confusión del taxista y la tranquilidad del cliente que acaba de subir a su vehículo.

—Bien —añade el conductor—. Lo que usted diga.

Se incorpora al tráfico con suavidad y toma velocidad poco a poco. Por el espejo observa a su cliente.

—Así que budista. ¿De Japón?

—Sí. ¿Usted de Bangladesh?

—¡Sí! —exclama con repentina alegría. Enio no lo sabe, pero el taxista, que se llama Ahmed, se molesta bastante cuando lo toman por hindú, que es la mayoría de las veces—. ¿Cómo lo ha adivinado?

El monje cabecea al ritmo de sus pestañeos alegres.

Ahmed asiente satisfecho, pletórico, pero antes de añadir algo se percata que un nuevo cruce se acerca, así que pregunta de nuevo cuál es la dirección a seguir.

—Conduzca. Conduzca —responde Enio.

—Pero ¿hacia dónde? ¿Derecha o izquierda?

—Conduzca.

—No me diga que no tiene ni idea de a dónde va.

—Usted elija.

Ahmed da un volantazo y cambia de carril, después gira al oeste y toma un pequeño boulevard.

—Oiga si lo que quiere es dar un paseo...

—Centro budista. Conduzca.

—No me convence su estrategia, amigo. Viene un semáforo, ¿qué quiere que haga?

Enio se incorpora, sonriente, señala al frente y toca a Ahmed en el hombro.

—Conduzca. Centro budista.

Ahmed, boquiabierto, desvía la mirada hacia la ventanilla y, de forma repentina, estalla en una carcajada. Entonces pone el intermitente y gira de nuevo, esta vez a la izquierda.

—Muy bien —dice—. Demos una vuelta hasta el centro budista. ¿Es eso?

—Centro budista —añade Enio que se une a sus carcajadas.

—Eso es, sí señor.

Ahmed conduce sin prisa y no puede dejar de sonreír. De vez en cuando mira al espejo y encuentra el rostro satisfecho de Enio que observa el afanado discurrir urbano desvanecerse frente a él. Entonces pone el intermitente y gira o se detiene en un semáforo. Sin cavilar demasiado el rumbo ni la dirección.

—¿Viaje de negocios? —pregunta.

Enio no responde. Levanta las cejas y estas tiran de los hombros con un cordel invisible.

—Digo que si viaja por trabajo o por placer.

Enio se incorpora en el asiento. Despliega una amplia sonrisa y asiente varias veces.

—¿Por qué ha venido a América? —insiste Ahmed—. ¿Es una especie de misionero?

—Me gusta América. Me gusta mucho.

—Sí. Ya lo creo. Le gusta viajar en taxi.

—Me gusta taxi. Sí.

Ahmed ríe de nuevo y Enio le acompaña en sus risas. El taxi circula durante seis minutos más por las calles de Miami. Se dirige hacia el sur y después de nuevo al este. Es una zona de edificios y apartamentos. El aroma del mar se cuele por la ventanilla y Enio siente la brisa fresca del golfo que hiela la punta de su nariz. Hay un hombre que pasea a tres perros con una correa larga y saluda a una mujer anciana. Ella luce flores secas en el sombrero. Un desharrapado afroamericano barre enérgicamente la acera y un coche patrulla pasa en la otra dirección a toda velocidad. A lo alto, un pájaro vuela entre los edificios, su silueta oscura parece recortada en la inmensa claridad celeste. El taxi se retira hacia un lado y el sonido de los intermitentes acompaña su deriva hasta la acera.

—Creo que ya es suficiente, señor —dice Ahmed—. Debería bajarse aquí.

—Centro budista.

—Eso es.

Ahmed salta del vehículo y abre la puerta trasera. Después hace lo propio con el equipaje de Enio y acepta encantado el precio de la carrera más la propina. Enio espera en la acera hasta que Ahmed se sube al taxi.

—Centro budista —dice mientras rodea de nuevo el vehículo.

—Centro budista —repite Enio, y ambos estallan en una nueva carcajada.

—Le deseo mucha suerte, señor —se despide Ahmed finalmente, agitando la mano en alto.

Enio se inclina varias veces hacia él y da media vuelta. Camina unos pocos pasos y levanta la mirada. Arruga sus ojos de miope. Ya puede ver el rótulo en la esquina siguiente. Cuando se acerca lee en voz alta, despacio, pronunciando cada sílaba.

—Centro budista.

#23

Silvia Dante

Tigertail Avenue

10:24 a. m.

Los gritos de Silvia se escuchan por toda la casa.

—¡Así! ¡Dame, dame, dame más! ¡No te pares!

Finalmente, hinca las uñas en la almohada y, con un grito desgarrado se retuerce y estremece sin control. El chico, porque no es un hombre todavía, se separa de sus nalgas, rueda a un lado y, jadeante, busca a tientas en la mesilla de noche. Ella se vuelve y acaricia su pecho empapado en sudor. El sexo de ella palpita tras el orgasmo. Esta vez, él no se ha corrido. Las cortinas están echadas; apenas hay una escasa claridad apagada iluminando la habitación. El cuerpo de él es apolíneo y juvenil. Eso le excita. Sabe que es solo un niño, que podría ser su hijo si hubiese tenido uno a los veinte, quizá a los veintidós. Pero ese es un pensamiento incómodo que evita y sepulta bajo el deseo. Entre ahogos exhaustos contiene una risa y muerde su carne, justo bajo el pezón derecho.

—¿Qué buscas? —lo interroga.

—Mi reloj. Debe de ser tarde.

—Tranquilo. No te preocupes. Nunca vuelve antes de mediodía y todavía es pronto.

—¡Mierda! Son más de las diez. Tengo que irme.

El chico salta de la cama y comienza a vestirse.

—¿Tan pronto? Quédate un rato más. Vamos a la ducha.

—No quiero ducharme.

—Podríamos tomar un baño.

La mujer se arrastra y lo coge por el cinturón. Lo mira desde abajo, hambrienta. Él sonríe y descubre su juventud y también su perfil apolíneo y la inseguridad en los hoyuelos junto a la boca y la energía interminable que enciende el deseo de ella.

—¿Es que no tienes nunca suficiente?

—No cuando se trata de ti.

—Tengo que irme. El Señor Stein se enfadará si me retraso y no puedo perder el trabajo. Si mis padres se enteran...

Esa excusa resulta un jarro de agua fría sobre Silvia que, al instante, se siente blanda y arrugada y se retrae como un caracol de vuelta a la protección de las sábanas. El chico es joven, pero no estúpido —o por lo menos eso piensa ella— y percibe la contrariedad en su cejo y el repliegue de los labios.

—No quiero encontrarme con tu marido —se explica—. Imagínate que me ve salir de tu casa.

—Eso no va a pasar. Ya te he dicho que nunca vuelve antes de mediodía.

El chico se calza y camina a un lado mientras da la vuelta a su camiseta. Ella se tumba de costado, mostrando su magnífica curva entre la cadera y la cintura. Después se acaricia el

muslo y observa vestirse al chico. Está plantado con el jersey sobre los hombros, contemplando las fotografías que hay en el aparador.

—Aquí estás tú —dice.

—Muy bien, Sherlock.

—Este es él...

Silvia no responde, de hecho ni siquiera pestañea.

—¿No habéis tenido hijos?

—No.

—¿Por qué?

—Hay veces que esas cosas no pueden elegirse. Es mejor así.

El chico se vuelve apenas, desde el hombro, y los ojos le desaparecen en la profundidad de su rostro.

—No parece él en esta foto —apunta.

Silvia suspira, quizá un poco hastiada, toma un cigarrillo y lo enciende. Continúa tumbada de lado y deja caer la ceniza en un cuenco de porcelana.

—Ha cambiado mucho. Cuando era joven era... diferente.

—¿Por qué es mejor así?

—¿El qué?

—Has dicho que es mejor así, sin hijos. ¿Por qué?

—No lo sé. Solo es mejor. Deseas tener niños hasta que lo olvidas, entonces todo resulta mejor. Ya no me planteo esas cosas.

El chico regresa a las fotografías y asiente varias veces. Ella no puede ver su expresión, parece que sonríe, pero también podría ser otra cosa, cualquier otra.

—¿A qué se dedica? —pregunta, tomando otra fotografía entre las manos—. ¿Es viajante o algo así?

—Es asesino.

—¿En serio?

El silencio de ella lo hace sentir un poco tonto, quizá avergonzado. Ella resopla de forma piadosa, un poco maternal.

—¿No sabes que resulta de mal gusto hablar del marido de la mujer con la que te acabas de acostar?

—Lo siento.

Da una calada y observa al muchacho de pies a cabeza.

—Es inventor —dice Silvia.

—Inventor —murmura al tiempo que observa la fotografía.

—¿Te parece algo excepcional?

—Bueno. Nunca había conocido a un inventor.

—Ni lo harás. Por lo menos no conocerás a mi marido.

—¿Ha inventado algo importante? ¿Algo como... algo grande?

Silvia suspira de nuevo y desvía la mirada. Después contempla el cigarrillo y da una larga calada.

—Ganó mucho dinero con los tapones para botellas de plástico.

—¡Claro! ¿Estás de broma? ¡Botellas de plástico! ¿Cuánto es mucho dinero?

—Unos dos millones... más o menos...

—Vaya...

—Todavía estás a tiempo de esa ducha —sugiere tras aplastar el cigarrillo entre la ceniza.

—¿Por qué está siempre fuera? ¿Es un jugador o algo así?
En esta ocasión resopla y se deja caer contra el colchón.

—No. No es jugador.

—¿Entonces...?

—Se dedica... —Mastica las palabras—. Se dedica a cazar monstruos.

—Me tomas el pelo.

—No. No lo hago. Sale de madrugada. Se mete en las alcantarillas y busca caimanes solitarios. Él los llama monstruos.

—Pero... eso es... no puede ser.

—Es cierto.

—Entonces está loco.

—¿Y quién no lo está?

—No te creo. Me tomas por tonto.

Silvia se pone en pie y enciende una pequeña lamparilla. Las sombras se alargan y se vuelven sólidas aunque suaves, como espejos azabache. Una franja dorada la separa de él. Lo mira con suficiencia, un poco despectiva aunque también divertida. Abre el vestidor y desaparece dentro. La luz blanca del fluorescente lucha con la tostada atmósfera del cuarto y cubre las sombras con un delicado velo azulado, sedoso. Entonces sale ella y le muestra el invento.

—¿Qué es eso? —salta él al frente, excitado.

A ella le divierte su nerviosismo infantil y le tiende el arma.

—Es un fusil para pesca submarina, pero está modificado.

—¿Modificado para qué?

—Para cazar monstruos.

—No...

—Ya te lo he dicho. Es inventor. Él mismo se fabrica estos cachivaches y después se mete en las alcantarillas.

El chico contempla el arma. Aprieta la culata contra el hombro. Sonríe y da la vuelta a la habitación con un ojo guiñado y la lengua asomando a los labios.

—Increíble... Y ¿alguna vez...? Ya sabes, ¿ha cazado alguno?

—¿Qué?

—Monstruo.

—Los monstruos no existen, Billy.

El chico asiente y devuelve su atención al arma. Acaricia el costado, el arpón afilado que asoma del cañón, las cachas de la culata.

—Es una locura... —murmura.

Silvia ladea el gesto. Lo es. Es una locura. Del mismo calibre que follarse al técnico que venía a arreglar la televisión. Una semana antes de Navidad, vino para revisar su aparato y eso fue lo que hizo. Desde entonces ha ocurrido más veces. Silvia solo tiene que llamar a la tienda Jacob Stein, en Biscayne Boulevard, y el chico acude a ella. Se ha gastado una fortuna en reparaciones. Ya no hacen las cosas como antes. Es una locura. Pero ¿quién no está loco? Su marido es inventor y

cazador de monstruos y ella... ella no sabe lo que es. Quizá no haya ninguna diferencia. A veces las cosas son tan distintas que parecen lo mismo. Al fin y al cabo, la cuestión es pasar dos noches en las cloacas de las emociones, en el lugar al que los otros arrojan sus complejos morales, sus mentiras, sus monstruos. Tal vez algún día se vean reflejados en las aguas ponzoñosas de la vergüenza; abofeteados por la justicia y el valor; consumidos en las llamas de la mentira. Pero eso no pasará; no hoy. Ya es tarde para salvarse. Traga saliva y siente el regusto amargo del tabaco, así que resopla y habla con repentina acritud.

—Ya está bien, Billy —dice—. Dámelo y lo devolveré al armero.

—Pesa mucho...

—He dicho que ya está bien. Ya has tenido bastante por hoy.

—Es una pasada. ¿Crees que servirá para bucear? Con esto podría ensartar un tiburón.

—No digas bobadas. Dámelo.

—Espera un momento...

—¡Trae aquí!

El aire comprimido suena a hueco, a reventón neumático que lo ensordece durante un instante. Ambos miran abajo. El chico está pasmado. Sus ojos reflejan la luz en la oscuridad y parecen brillar con luz propia. Silvia cae y da con la espalda contra el armario. Queda sentada sobre la moqueta, en una postura extraña, casi de contorsionista. Está conmocionada, pero al moverse el terrible dolor le hace chillar. El chico da un salto atrás y suelta el arma.

El arpón atraviesa la pierna de Silvia y se incrusta en el armario tras ella, justo bajo la rodilla. Sobre el metal, salpicado de viscosa sangre negra, el hueso asoma a la carne. Ambos miran la terrible herida y balbucean.

—¿Qué...? ¿Qué has hecho? ¡Me has disparado! —aúlla ella.

—¡Lo siento!

—¡Ayúdame! —Al moverse, el hueso raja la carne y Silvia cae de espaldas, agitando las manos. Las lágrimas corren a sus ojos al tiempo que el dolor crece y crece.

—Yo... yo... —balbucea él.

—¡Llama a una ambulancia, idiota!

—Yo... —el chico retrocede ante los lloros de Silvia—. Una ambulancia... La policía...

—¡Haz algo!

—No puedo. No puedo.

—¿Qué dices?

—No puedo. Si mis padres se enteran...

—¿Qué?! ¡Me estoy desangrando!

—Yo... tu marido... Tengo que volver a la tienda...

—¡Idiota! ¡Llama a una ambulancia! No puedes dejarme así.

El chico busca alrededor, da vueltas y más vueltas hasta que chasquea los dedos y se pone la camiseta.

—Pero... ¡Cabrón! ¡Hijo de puta!

—Lo siento, señora Dante.

Da un saltito para evitar la sangre que empapa la moqueta y alcanza el teléfono. Después lo acerca a ella, que llora y gime y araña la madera quebrada del armario al que se encuentra clavada.

—Llame a la tienda si tiene algún problema con su aparato. Recuerde que la reparación tiene una garantía de tres meses —dice, con reparo, desde la puerta.

—¡Cabrón! —grita ella y se derrumba de costado.

Silvia llora. Un intenso dolor trepa por la pierna hasta hincarse en la parte posterior de su cabeza. Es como si el mismo arpón la atravesase de parte a parte, en el corazón, en el cuello, los dedos entumecidos. Entre sollozos marca el número de emergencias mientras evita mirar la herida. Una voz femenina aparece al otro lado y ella intenta explicarse, pero el llanto y el dolor se hacen uno en su garganta y derrumba la cabeza a un lado. Entonces grita y sepulta las preguntas que asoman al auricular. Golpea el suelo y aúlla, en lo profundo de un nuevo día.

#60

Zippo

Centro Espacial Kennedy

11:39 a. m.

Ha sido una vida larga. Sí, lo ha sido. Aunque la longevidad resulta una apreciación subjetiva y parcial, se pongan como se pongan los científicos. El tiempo, al fin y al cabo, solo es eso, una percepción más. En su caso y por comparación, fue extenso; dilatado que diría un político, interminable que apuntaría él. No es romanticismo suicida ni ansias de protagonismo, es otra cosa, aunque no lo puede explicar, pero es otra cosa. Él es un mechero.

Su historia, por tener un principio, comenzó en manos de aquel chico negro que hacía los recados para la ferretería y almacén de Thomas Carney. Cuando el jefe no miraba solía abrir el mostrador y tomarlo entre sus dedos, manosearlo con admiración casi devota. Había sudor en su piel y miedo, mucho miedo, pero también un impulso irresistible. Primero acariciaba el dibujo impreso en la plata —un águila con las alas desplegadas—, después, con un chasquido, abría la tapa y olfateaba el aroma de la gasolina. Pero no llegaba a prender la mecha. Nunca se encendió en aquella tienda de Louisiana. Tan solo servía de objeto de deseo, de tótem. Hasta que un día

alguien lo compró y ya no supo más del chico negro que hacía los recados y acariciaba un mechero demasiado bueno para él.

Fue una mujer —más bien era una niña— quien lo sacó de allí. Todavía eran muy jóvenes entonces, pero quién no lo era en aquella época; inocentes quizá, como chiquillos que todavía aprenden a desenvolverse en un mundo sin atisbar el fin ni las consecuencias. No habían cumplido la mayoría de edad y les importaban poco las mentiras de los políticos y los pastores de la economía caníbal. Ella se dejó los ahorros de todo un verano trabajando en la zapatería de su tío y el mechero de plata pasó a adornar el dobladillo en la manga de un chico llamado Frankie “Spit” McPherson. Aunque antes conoció el torno de Harold Singer, joyero, que grabó en la tapa con fina caligrafía el lema: *ad astra per aspera*.¹⁵ Dos meses después, Frankie y su motocicleta se desintegraron contra la parte trasera de un camión. Lo único que encontraron de él fue una bota, un peine chamuscado y el mechero.

Así, sin más, sin una explicación, sin cadáver. Solo rockandroll.

La chica lloró un mar de bilis y su familia se mudó al oeste para alejarla de las malas influencias y acercarla, sin saberlo, a su futuro marido, un vendedor de seguros que la mataría a cuchilladas trece años después y que, a su vez, encontraría justo castigo en las duchas de la penitenciaría del Estado. El tipo que lo mató se llamaba Bill “*Mustard*” y no tenía nada personal contra él.

Sin embargo, Mike dio con el mechero y su lema maldito —quizá hipnótico, críptico, pero maldito con su enigma

15 “A través de las dificultades, hacia las estrellas”. Séneca el Joven. Lema de numerosas instituciones y organismos de todo el mundo y de la placa que recuerda a los astronautas fallecidos en el accidente del Apollo 1, el 27 de enero de 1967.

silencioso— en una caja de hojalata que su madre guardaba en el sótano. No dijo nada de su hallazgo, y el mechero de su hermano muerto cuando él solo era un niño, pasó a ser de su propiedad. Encendió su primer cigarrillo y también el de sus amigos. Estaba presente cuando Angie Stone le dejó deslizar la mano bajo su blusa en una acampada en los bosques de Apalachicola; también cuando su madre lo sorprendió montando en la motocicleta de Stan Murray—lo cual, a sus ojos, resultaba igual que escupir a la tumba vacía de Frankie—. También estaba allí el día que recibió la carta de reclutamiento. Así acabaron juntos en Vietnam. Allí encendió muchos cigarrillos a muchos soldados y también su primer canuto de hierba. Conoció a un tipo de Nevada que abría las cervezas con los dientes. Su sargento era el hombre más duro y malparido de toda la Tierra, o por lo menos de aquella porción maldita de Asia. Había nacido para la guerra. Durante una patrulla, tumbaron su blindado con un RPG y el tipo voló por los aires, rodó por los suelos y en un pestañeo estaba dando voces y disparando su M14. Era un auténtico guerrero. Un día fumaron opio en Saigón y se emborracharon. Después pasaron la noche con dos putas en una pensión de mala muerte.

A pesar de todo, Mike acabó destripado entre el fango durante la ofensiva del Tet, allá por mil novecientos sesenta y cinco. Su familia recibió una condecoración póstuma —que colgaron al pie de la foto de un adolescente de piel manchada disfrazado de soldado— y una caja de cartón con algunas cartas, fotografías y poca cosa más, muy poca. El mechero no estaba allí y ellos, padres sin hijos, no lo extrañaron.

Jeremiah Morris, al que sus amigos conocían como *Jay*, se lo trajo de vuelta en su casaca desgastada y sucia de veterano de guerra. No era amigo de Mike, de hecho apenas lo conocía, pero tenía su mechero. Durante algún tiempo acompañó

a *Jay* en manifestaciones pacifistas y, en una ocasión, prendió la bandera americana en la Quinta Avenida de Nueva York. También calentó la última cucharilla que *Jay* utilizó para preparar la heroína que lo mataría. *Ad astra per aspera* seguía inscrito en su costado, con algo más de roña, algunas muescas y rayaduras. Era un grito estremecedor, de esos silenciosos que no se oyen, que llegan como el rumor de la tormenta bajo el agua, como una fuerza invisible que estruja el corazón y estremece el cuerpo. Pero *Jay* no podía estremecerse porque estaba muerto y el mechero pasó de unas manos a otras hasta perder el brillo y ganar una sombra de mugre y suciedad grasienta.

Leandro Ramírez pagó dos dólares con sesenta a un drogata del Bronx por él. Lo limpió a conciencia y podía haberlo sumergido entre el resto de bagatelas de su casa de empeños, pero sin embargo, se encendió un cigarrillo y, con los ojos desaparecidos bajo el poblado entrecejo latino, arrugó los labios y meneó la cabeza a los lados mientras susurraba el lema: *ad astra per aspera*. Incluso un hombre como él tenía aspiraciones mayores que ser un usurero cubano con sobrepeso. Así que, dos meses después, compró una bonita caja de madera y entregó el mechero, impoluto y reluciente, como regalo de boda a Jesús Alcántara. Quizá no surtió el efecto esperado. O tal vez sí y fuera del agrado de Don Jesús. Pero la verdad es que no le libró de la deuda de veinte mil dólares que Ramírez arrastraba desde que regresó de Las Vegas con aquella zorra pelirroja que ofendió a la familia. De hecho, ambos dieron con sus carnes en una zanja apenas seis semanas tras la boda de Alcántara. El jefe no recuperó ni una cuarta parte de la deuda, pero ¿a quién le importa el dinero cuando una zorra malhablada pone en evidencia a los tuyos?

Es una larga vida, sí. Aunque mucho antes de aquel momento en que Jesús Alcántara encendía un habano a los pies de la fosa común donde todavía palpitaban dos cuerpos desnudos, el mechero ya había perdido toda esperanza. Si algún día la tuvo. Si algún día significó algo aquel lema. Tal vez fuese lo único que aún perdurase en el tiempo, como las estrellas, que incluso brillan después de muertas, hasta extinguirse en el recuerdo. En adelante, el mechero fue infalible pero resignado, preso de una descorazonadora desidia.

Ad astra per aspera.

Y llegados al presente, Alcántara, más bronceado, más enjoyado, más sonriente y calmado, sigue encendiendo sus habanos con el mechero de plata. Sin maldad. Sin ironía. Simplemente no recuerda quién se lo regaló, de hecho, ni siquiera recuerda el nombre de Leandro Ramírez. No es algo voluntario, tan solo la sencillez caribeña que, aun en el exilio, deja seguir las cosas adelante. Todos los recuerdos acaban por apagarse, desaparecer en el pozo del que nunca debieron salir.

Ad astra per aspera.

Cuando nada vale nada. No hay chispazos que alumbren la oscuridad. El final es eterno, por mucho que se opongan budistas y físicos. El final dura siempre.

Ha sido una vida tan larga. Demasiado larga. Hubiese sido mejor desaparecer en una combustión espontánea. Como hizo Frankie; como hicieron todos. Los recuerdos no compensan, los sentimientos tampoco, si es que eso es posible. ¿Es posible? ¿Lo es? ¿Y si fuese imposible? Si nada de esto pudiese ser, ¿qué sería de él? ¿Qué sería de todos nosotros si nos ciñéramos a las reglas de lo real? ¿Qué ocurriría con los

hijos de la matemática, con los estadistas de la corrección?
Sin embargo, sus tripas se atascan y el mecanismo no chispea,
no más.

Quisiera desvelar, ¿cuándo comenzó el mechero a soñar
que deseaba ser cerilla?